

Quaderns de Filologia. Estudis Lingüístics. Vol. IX (2004) 87-99

¿ES EL LADINO JUDEOESPAÑOL CALCO? (CFR. DRAE)

Iacob M. Hassán
CSIC, Madrid

0. INTRODUCCIÓN

El contenido de mi exposición podría resumirlo en una lacónica contestación de una palabra a la interrogación –no retórica– formulada en el título: «No»; y acto seguido podríamos irnos a otra sala (o a casa). Pero como en el programa se me han reservado veinte minutos¹, corresponderé a esa atención mostrando –por no decir demostrando– por qué el ladino no es judeoespañol calco.

Mi exposición es original solo parcialmente, pues buena parte de lo que sigue lo he expuesto ya en conferencias y congresos de sefardíca y en publicaciones varias²; es original desde luego la organización, pues es esta la primera exposición de la cuestión que he concebido y redactado especialmente para su presentación –y discusión– ante lingüistas españoles.

1. JUDEOESPAÑOL CALCO

Empezaré por exponer a qué se llama «judeoespañol calco». Se suele llamar así –entre quienes se adhieren a la teoría a la que me voy a referir– a la lengua sefardí hebraizante en la que están expresadas las traducciones serviles de la Biblia y de otros textos de la liturgia hebrea.

¹ Me refiero al del Quinto Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española (Valencia, 31 de enero a 4 de febrero de 2000), en el que presenté la redacción inicial de este artículo (apartados 1 y 2), que no se publicó en las *Actas* (2002). Cuando ya estaba resignado a que quedara entre mis inéditos (vid. apartado 3 infra), el generoso ofrecimiento del siempre generoso Javier Satorre me permite rescatarlo. Le agradezco de corazón.

² Remito especialmente a mi(s) «Dos introducciones de la Biblia de Ferrara», en *Introducción a la Biblia de Ferrara...*, ed. I. M. Hassán (Madrid: CSIC etc., 1994), ps. 13-66, y a «El español sefardí (judeoespañol, ladino)», en *La lengua española, hoy*, coord. M. Seco y G. Salvador (Madrid: Fund. Juan March, 1995), ps. 117-140.

A comienzos de los años '60 el historiador y filólogo Révah³ la caracterizaba como lengua «artificial», en oposición a la lengua viva. A partir de los años '70 su inicialmente discípulo y luego contradictor, el lingüista pero no filólogo Sephiha, establecía que se trata no de una lengua artificial sino de una lengua «calco», a la que reserva en exclusiva la denominación *ladino*, en oposición a la lengua sefardí vernácula «no-calco» para la que adopta la denominación *jǔdesmo*, reiterando su doble teoría –tipo de lengua y denominación exclusiva– en un copioso (de *copia*) torrente de publicaciones, cursos y conferencias en los más diversos foros⁴.

Esta división conceptual de la lengua sefardí en dos lenguas –un judeoespañol calco y un judeoespañol vernáculo– y su consecuente denominación dicotómica –*ladino* versus *jǔdesmo*– ha gozado de fortuna en la bibliografía sobre el sefardí de las últimas décadas y a ella se han adherido, plenamente o con cierta reserva, desde desconocedores de la lengua⁵ hasta expertos conocedores como Bunis, Gold, Wexler, Schwarzwald⁶, e incluso alguno de los escasos españoles que han tratado el tema (vid. infra). Hasta yo mismo, y confieso mi pecado de irreflexión, la di por buena en algo que publiqué hace bastantes años y de cuyo título prefiero no acordarme.

1.1. Invariabilidad

Para ilustrar la cuestión bien pueden servirnos los versículos iniciales del libro de *Génesis* y de toda la Biblia, que en el Pentateuco trilingüe (hebreo, ladino y neogriego) de Constantinopla 1547 dicen así⁷: «¹En principio crió el

³ I. S. Révah, «Hispanisme et judaïsme des langues parlées et écrites par les Sefardim», en *Actas del primer Simposio de Estudios Sefardíes*, ed. I. M. Hassán (Madrid: Inst. Arias Montano CSIC, 1970), ps. 233-242.

⁴ La expone en Haím Vidal Sephiha, *Le ladino, judéo-espagnol calque: Deutéronome, versions de Constantinople (1547) et de Ferrare (1553)*, (Paris: Centre de Recherches Hispaniques, 1973), especialmente ps. 42-50; reproducida, por ejemplo, en «Problématique du judéo-espagnol», *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris* 69 (1974), ps. 159-189; también *Le ladino (judéo-espagnol calque): Structure et évolution d'une langue liturgique*, 2 ts. (Paris: [Asoc. Vidas Largas], 1979), especialmente t. I; o en español, «Caracterización del ladino de la Biblia de Ferrara», en *Introducción* cit. (1994), ps. 299-314. Etcétera.

⁵ Por ejemplo, Claire Weill, «Tu ne traduiras point: Approche des *Pirke Aboth* en ladino édités à Ferrare en 1552», en *L'Hébreu au temps de la Renaissance*, ed. I. Zinguer (Leiden etc.: Brill, 1992), ps. 115-128.

⁶ Puede verse su reflejo en David Bunis, *Sephardic Studies: A Research Bibliography* (New York & London: Garland, 1981).

⁷ La fonética del ladino la represento en textos arcaicos mediante la ortografía alfonsí; y en los demás, valiéndome de las siguientes equivalencias gráfico-fonéticas: *č* y *š* –dentoalveolar

Dio a los cielos y a la tierra. ²Y la tierra era vaga y vazía y escuridad sobre faces de abismo, y viento de el Dio esmoviense sobre faces de las aguas. ³Y dixo el Dio "Sea luz" y fue luz ...», y en ediciones posteriores (la de Abraham Asá de 1739 y sigs., la de Yisrael Bajar-Hayim de 1813 y sigs., o incluso la primera del misionero W. G. Schawfler de 1841) dicen esencialmente lo mismo, si bien con leves reajustes fonéticos, morfológicos o léxicos.

La traducción que acabamos de ver es reflejo puntual de rasgos lingüísticos del hebreo bíblico: unos generales que podemos encontrar en cualquier texto, como la introducción del objeto directo inanimado determinado por artículo mediante preposición 'a' («creó el Dio a los cielos y a la tierra») que traduce hb. *et*, el verbo copulativo *ser* con significación existencial 'haber' («sea luz y fue luz») y frecuentemente omitido («escuridad \emptyset sobre faces de abismo»), el participio de presente cumpliendo función de tiempo finito (reflexivo *esmoviense* 'se cernía'); mientras que otros rasgos son específicos de este texto, como *prencipio* sin artículo (igual que hb. *rešit*), *cielos* en plural (porque la forma de la palabra hebrea *šamáyim* no es singular), *faces* en plural (como hb. *panim* 'faz'), *abismo* sin artículo determinante (como hb. *tehom*), o *viento* significando 'aliento, espíritu' (como hb. *rúa*□).

Se trata de lo que suele denominarse traducción literal, aunque más que «literal» ('al pie de la *letra*') tenemos que considerarla «verbal» (por no decir «palabral»); o en ladino, «bierval», porque se traduce «biervo por biervo»; y en español «palabra por palabra», como con toda propiedad señalaba en portada el editor de la Biblia de Ferrara de 1553: «*Biblia* en lengua española traduzida *palabra por palabra* de la verdad hebrayca ...».

Expresión –«palabra *por* palabra»– que como veremos en seguida, más que en el sentido habitual de 'una palabra en hebreo por una palabra en ladino', hay que entenderla «palabra / *por*-palabra», es decir, «palabra / aquello-que-traduce-una-palabra», que a menudo es más de una palabra por exigencias idiomáticas. Es lo que Kohring llama traducción «posicional progresiva», entendiendo por «posición» cada secuencia de «unités graphiques du texte hébreu de départ (écrit ou imprimé) séparées les unes des autres par des espaces dans le texte (*blank spaces*: # ... #)»⁸; es decir, que se traduce (o se ladina) una palabra hebrea por una palabra en ladino –o por más

friactiva sonora, \hat{g} y \hat{j} prepalatal africada sonora, □ – velar o laríngea fricativa sorda, \check{s} – prepalatal fricativa sorda; *b* y *v* los uso con función fonética y no ortográfica; y el seseo es general.

⁸ Heinrich Kohring, «"Kale enladinar komo uzamos a avlar": La technique du ladino chez Abraham Asá (1743) et Yehuda Alkalai (1839)», en *Hommage à Haïm Vidal Sephiha*, eds. W. Busse & M.-C. Varol-Bornes (Berne etc.: Peter Lang, 1996), ps. 315-335: nota 16 (ps. 321-22).

de una (recuérdese *berešit* por ‘en principio’ o *hašamáyim* por ‘los cielos’, porque en hebreo el artículo y varias preposiciones van prefijadas al sustantivo)–, y solo después de haberla traducido (o ladinado) se pasa a traducir (o a ladinar) la palabra siguiente. Lo que caracteriza ese singular modo de traducir que es el ladinar es que lo que preocupa a los ladinadores es la justeza en la traducción de cada posición en sí misma, desentendiéndose de si la traducción de una posición encaja o no contextualmente con la de las posiciones inmediatas y quedando el texto como descompuesto en una yuxtaposición de microtextos.

Este modo de traducir tenía una función docente, encaminada a enseñar no sé si la lengua hebrea pero sí desde luego el entendimiento en ladino del texto hebreo, de modo análogo a lo que en los albores de la era común se había hecho valiéndose del texto arameo de los targumes. Y en efecto, el método tradicional de enseñanza de la Biblia en ladino consistía en aprender «de cabeza» (de memoria) una traducción «interverbal» (para entendernos, «interpalabral») oral, paralela a la interlineal escrita conocida de todos; a saber: «*Berešit* ‘En principio’ *bará* ‘crió’ *Elohim* ‘el Dio’ *et* ‘a’ *hašamáyim* ‘los cielos’ *veet* ‘y a’ *haareš* ‘la tierra’. *Vehaareš* ‘y la tierra’ *haitá* ‘era’ *tohu* ‘vagua’ *vabohu* ‘y vazía’ *vešóšej* ‘y escuredad’ *al-pené* ‘sobre faces de’ *tehom* ‘abismo’, *verúa* ‘y viento de’ *Elohim* ‘el Dio’ *merašéfet* ‘esmoviense’ *al-pené* ‘sobre faces de’ *hamáyim* ‘las aguas’. *Vayómer* ‘y dixo’ *Elohim* ‘el Dio’ “*Yehí* ‘sea’ or ‘luz’” *vaihi* ‘y fue’ or ‘luz’ ...».

En una etapa más avanzada del aprendizaje se suprime el texto en hebreo y queda ya solo el texto en ladino («En principio crió el Dio a los cielos ...»), que gradualmente iba sufriendo un proceso de ritualización y de sacralización paralelas a las de su fuente hebrea. Por mucha que haya sido la atención prestada a los testimonios escritos, la tradición sefardí de ladinar ha sido siempre primordialmente oral y solo secundariamente escrita; y aunque los textos acaben por memorizarse, la esencia del ladinaje consiste no tanto en *reproducir* un texto memorizado sino en dominar los principios lingüísticos en que se basa la traducción y saber aplicarlos para *reproducir* (para producir de nuevo) en cada ocasión un texto equivalente, que lo es porque igualmente se atiende a aquellos principios; tal texto puede ser igual, pero también puede ser diferente, pues como bien ha señalado Bunis, el conjunto de las correspondencias hebraico-ladinas constituye un corpus relativamente cerrado aunque no herméticamente⁹.

⁹ David M. Bunis, «Translating from the Head and from the Heart: The Essentially Oral Nature of the Ladino Bible-Translation Tradition», en *Hommage Sephiha* cit. (1996), ps. 337-357: p. 348. En páginas siguientes analiza y expone con detalle los principios de la técnica del ladinar.

De esos principios lingüísticos, citaré solo unos pocos de entre los que se aplican con mayor frecuencia:

(1) A cada lexema hebreo (o a veces raíz) se le asigna uno y siempre el mismo paralelo en ladino, con la consecuencia de que la palabra en ladino recibe toda la misma carga semántica que su paralela hebrea; por ejemplo, en la frase «él demanda en la *paz* de los otros y otros no demandan en su *paz*» se entiende que ‘él saluda [= pregunta cómo está] a los otros y los otros no le saludan [id.]’ porque la palabra paz del fondo tradicional hispano soporta en sefardí toda la misma carga semántica que su paralelo *šalom* en hebreo: ‘paz’ desde luego, pero también ‘plenitud’ y de ahí ‘(buen) estado de salud’.

(2) Se adoptan los principios de la derivación léxica del hebreo, creando palabras que ocupan casillas que estaban vacías porque el sistema de derivación hispánico no había sentido necesidad de ocupar; por ejemplo, para ‘casamiento’ se inventa *noviedad* porque la palabra hebrea *Ḥatuná* que se ladina es un derivado de *Ḥatán* ‘novio’; o del Dios creador se dice que «este día el seteno él folgó y *almeó*» porque la creación léxica *almeó* está basada en que el verbo hebreo *vayinafás*, que en hebreo bíblico expresa el descanso sabático de Dios (Ex 31:17), tiene la misma raíz consonántica que el sustantivo *nefēš*, que significa ‘alma’.

(3) Se reproduce el orden de palabras del hebreo; por ejemplo, ‘sus dos hijos’ se dice «dos sus hijos» porque en hebreo la ordenación normal *šené banav* está formada por los lexemas *šené* ‘dos’ + *banav* ‘sus hijos’; o ‘tu gran amistad’ se dice «tu amistad *la grande*» porque en hebreo el adjetivo se pospone al sustantivo y ha de ir determinado por artículo cuando aquel va determinado (sea por artículo o sea por afijo pronominal).

(4) Se utilizan rasgos sintácticos del hebreo; por ejemplo, la pregunta ‘¿Quién eres?’ y la respuesta ‘Soy judío y temo a Dios’ (o ‘y soy temeroso de Dios’) pueden formularse «¿Quién tú?» y «Judío yo y de el Dio yo temién» porque en hebreo es normal que el presente del verbo copulativo (aquí *sos*, *so*) quede implícito.

(5) Como acabamos de ver, la morfología verbal desarrolla un nominal participio presente activo (sg. *cantán*, pl. *cantantes*), que al igual que en hebreo, puede con el verbo copulativo implícito cumplir función de presente conjugado

Etcétera. Las traducciones en ladino no solo traducen el texto hebreo sino que importan a la lengua de destino, o proyectan en ella, formantes lingüísticos de la lengua de origen, dejando la romance lengua sefardí sometida a la distorsión que supone ajustarla a estructuras de la semítica hebrea.

1.2. Variación

De este tipo de traducción, orientada a lograr una equivalencia más formal que dinámica o de sentido, que refleje al máximo posible la *forma* del mensaje original, señala Nida que «will obviously contain much that is not readily intelligible to the average reader»¹⁰.

Y así es ciertamente desde el punto de vista lingüístico; pero este punto de vista queda subordinado al punto de vista teológico. A los ladinadores sefardíes, al igual que a quienes utilizaban la misma técnica teniendo como destino alguna otra lengua judía, no les preocupaba tanto facilitar el entendimiento cuanto reflejar con fidelidad la «*verdad* hebraica», que hallamos mencionada también en la antes citada portada de la Biblia de Ferrara. Y partiendo del convencimiento rabínico de que cada detalle de los textos sagrados permite averiguar un nuevo entendimiento de la ley judía o derivar una enseñanza moral a partir de una nueva interpretación, para que una traducción de la lengua sagrada cumpla plenamente su función es menester que la lengua de destino refleje la de origen con toda fidelidad: es menester que el romance resultante –en el caso del ladino– sea un modo de «calco» del original hebreo (o arameo), *trasladando* a la lengua receptora –el ladino– la *sacralidad* de la lengua de origen –el hebreo– mediante la ya vista técnica de traducción servil.

1.3. ¿Dos lenguas?

El problema –problema lingüístico– se suscita cuando de unas traducciones hebraizantes para las que en principio podemos aceptar la convencional denominación de «calco», o de los hebraizados textos «calco» resultantes de ellas, se dice que *son* una lengua. Y se acentúa el problema cuando se establece una dicotomía al afirmar (*a*) que hay *dos* lenguas: una el judeoespañol calco, exclusiva de las traducciones serviles del hebreo, y otra el judeoespañol vernáculo, general en todas las situaciones en las que se utiliza una lengua viva; (*b*) que ambas lenguas son *diferentes*; y (*c*) que (cito) «Hoy en día no se puede hacer buena lingüística judeoespañola sin esta dicotomía»¹¹.

¹⁰ Eugene A. Nida, *Toward a Science of Translating...* (Leiden: Brill, 1964), p. 166. Leyendo el sugerente libro (su subtítulo reza «... with special reference to principles and procedures involved in Bible translating») y otros del autor, uno advierte cuán poco hay en la técnica del ladinar que no lo haya en otras traducciones de la Biblia a otras lenguas (y... cuán mucho de prevalencia de la estanqueidad sobre la interdisciplinariedad hay entre los estudiosos).

¹¹ Sephiha, «Caracterización», p. 305.

Como no puede hacerse buena lingüística judeoespañola es manteniéndose aferrado a la teoría de dos lenguas sefardíes diferentes. Tal teoría es no sé si más falsa que errónea o viceversa. Primero, y dicho sea de modo general, porque los rasgos que caracterizan el calco se enuncian siempre no en sí mismos sino con referencia al original hebreo que se ladina, lo que muestra que lo que sea el «calco» (digamos «lo calco») es un modo o una técnica de traducción, y no una lengua, que como tal lengua propiamente no existe (ni creo yo que pueda existir).

Pero segundo y en particular, es falsa porque a poco que se observe con atención filológica lo que dicen los textos literarios sefardíes, encontramos que los rasgos lingüísticos de derivación o de creación léxica, de extensión semántica, de sintaxis hebraizante, y tantos otros recursos creativos análogos, que la teoría dicotómica presenta como caracterizadores y exclusivos de los ladinamientos serviles, resultan ser una variedad estilística de la lengua literaria, un repertorio de posibilidades a disposición del sefardófono; pues se dan no solo cuando se ladina un original hebreo (o arameo), sino también en textos literarios de libre creación en los que la lengua no está aherrojada por la necesidad de adecuarse a la hebrea de origen para trasladar la verdad hebraica.

Prueba de ello no tengo menester de volver a darla porque la he dado hace un momento cuando al ilustrar los rasgos hebraizantes de la llamada lengua calco he entremezclado –algo ladinamente, por cierto– ejemplos tomados de las traducciones calco con otros tomados de textos de libre creación: «demandar en la paz» ‘saludar’ (o ‘preguntar por la salud’) es ciertamente bíblico (Gn 37:14), pero el mismo uso y acepción lo encontramos en una exposición libremente formulada como es el *Mefam lopez de Rut* (Salónica 1882, p. 96) de Refael Y. M. Benveniste; *noviedad* ‘casamiento’ es también bíblico (Ct 3:11), pero *almeó* ‘descansó’ ocurre en la copla de *Las hazañas de Moisés*¹²; la construcción «dos sus hijos» ‘sus dos hijos’ la hallamos en la Biblia (Rt 1:1), pero «tu amistad la grande» pertenece a la introducción al lector de la Biblia en ladino (Viena 1813-16, t. I h. 2b) de Yisrael Bajar-Hayim; y la frase «Judió yo y de el Dio yo temién» la he tomado de una colección de narraciones tradicionales.

Pertenecen tales recursos no a una lengua diferente de la vernácula sino a un diferente *nivel* estilístico de la misma lengua; que ciertamente, en virtud de la intención de mantener la sacralidad del texto hebreo que se traduce,

¹² Ha publicado el texto Elena Romero en su Primera selección de *Coplas sefardíes* (Córdoba: El Almendro, 1991), p. 57 (copla 5).

somete las palabras, forzándolas, a las estructuras lingüísticas (morfológica, léxica, semántica, sintáctica) de la lengua original, pero que no deja de ser la misma lengua sefardí común. Lo que hay que entender es que del mismo modo que ha habido en el sefardí variación diacrónica, pues diferente es cualquier texto del siglo XVIII de cualquier texto del siglo XX; del mismo modo que ha habido y hay variación diatópica, pues ya desde los trabajos de Wagner y otros clásicos han quedado claras las diferencias entre el dialecto (o subdialecto) del oriente mediterráneo y el de la zona del Estrecho, entre el de Bosnia y el de Turquía, entre el de Salónica y el de Constantinopla; del mismo modo que había variación diastrática, pues no eran iguales el habla hebraizante del estamento rabínico, la «franqueada» de la clase media alta escolarizada en escuelas francesas y la popular de los obreros de las fábricas de tabaco o de los cargadores del puerto de Salónica¹³, así es menester entender que hay (o ha habido) también en la sefardí –al igual que en cualquier otra lengua– diferencias diafásicas.

El que los elementos hebraicos se den concentrados al máximo en los ladinamientos del hebreo supone una diferencia cuantitativa y no cualitativa, y no autoriza a suponer que esos textos fuertemente marcados estén en una lengua *diferente* de la de los textos neutros o poco marcados, pues lo cierto es que por la vía de los ladinamientos, tales elementos hebraicos han entrado y se han integrado en el sistema de la lengua común, que ha resultado toda ella hebraizada; así lo ha sido al menos durante toda la época clásica; solo en la época moderna, posterior a la occidentalización –y secularización– de las masas sefardíes tras los cambios políticos y sociales de la segunda mitad del siglo XIX, el nivel de hebraización se hace tan bajo que casi puede decirse que la lengua se ha deshebraizado.

2. LADINO

Volviendo al título de mi comunicación: si el ladino (que es algo que existe) no puede ser una «lengua calco» (que es algo que *no* existe), la pregunta corolaria es: ¿qué es, pues, el ladino?

2.1. Acepciones

Como ya he expuesto en otro lugar¹⁴, el primer significado histórico de *ladino* en sefardí es –precisamente– el de ‘lengua sefardí’, pero no lengua

¹³ Véase al respecto David M. Bunis, «Types of nonregional variation in Early Modern Eastern Judezmo», *International Journal of the Sociology of Language* 37 (1982), ps. 41-70.

¹⁴ «Dos introducciones», ps. 23 y sigs.

sefardí sin más sino contrapuesta al hebreo, en un significado paralelo al de «lengua romance *por oposición* a la arábica» (subrayado mío) que tenía en español medieval y que recoge el *DCECH*¹⁵ (pero no el *DRAE*). Que lo relevante es la contraposición al hebreo –y no el modo de traducción– resulta de innumerables testimonios, de los que voy a presentar solo uno (que por desprenderse de la oposición de un par casi mínimo podría casi llamar –con perdón– «testimoniema»).

Tanto en la introducción del estampador Yoná Esquenasi del segundo tomo (1743) de la Biblia en ladino del ladinador por antonomasia Abraham Asá, como en la introducción general del ilustrado rabino Jacob Julí del primer tomo (1730) de la vasta exposición enciclopédica del saber judío en forma de explicación y comentario lineal de la Biblia llamada *Me'am lo'ez*, se nos dice que porque «va discrepando el mundo en cantidad que muy pocos son los que saben meldar un pasuc [‘leer un versículo’] a las derechas ...», «por esto» o «por todos estos cavós» –y aquí viene la oposición– «le enveluntó su alma de ... Yoná el estampador ... a estampar el Arbá' ve'esrim [lit. ‘los 24 (libros)’, i.e. ‘la Biblia’] *en ladino* bien ladinado ...», dice el uno (Asá), frente a «cobdició mi alma de enĝeniar un remedio bueno y continable para el hamón ha'am [‘la gente del pueblo’] y es de declarar el Arbá' ve'esrim *en ladino* ...», dice el otro (Julí).

La misma formulación casi –«estampar / declarar el Arbá' ve'esrim *en ladino*– la encontramos en quien escribe en la llamada «lengua calco» (Asá) que en quien lo hace al libre dictado de su inspiración (Julí), dos acciones contrapuestas o al menos diferentes según la teoría dicotómica. La explicación de la comunidad de formulación es tan simple como que uno y otro lo que hacen es poner en ladino (para entendernos, «en cristiano») lo que estaba en hebreo¹⁶.

Con ese primer significado de ‘romance contrapuesto a hebreo’ está relacionada la otra muy extendida segunda acepción de *ladino* en sefardí como ‘interpretación (traducción, significado) o modo de entender en romance una palabra, una expresión o un pasaje hebreo’ (refiriéndose al texto bíblico dice el citado Asá que «hay muchos que lo meldan [‘leen’] y no entienden el *ladino* de los biervos» ‘el *significado* de las palabras’). Y junto a esas significaciones históricas, conviene tener presente que *ladino* es la denominación castiza que han dado los sefardíes a lo largo de los siglos tanto en particular a la lengua *más* hebraizante usada en sus traducciones serviles

¹⁵ Joan Corominas & José A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, 6 ts. (Madrid: Gredos, 1980-81, 1983, 1991), t. 3 ps. 553b-554a.

¹⁶ Pues no parece serio deducir que la apostilla «bien ladinado» de Asá quiera decir que su forma de ladinar (la calco) sea la buena y la otra no.

de fuentes textuales hebreas de contenido religioso (la que hemos visto que llaman «calco»), como en general a la *menos* hebraizante lengua sefardí clásica desarrollada tanto en traducciones no serviles y adaptaciones como en obras literarias de libre creación.

Esto no me lo he inventado yo, sino que lo dicen los propios escritores en ladino; así de modo inequívoco, por limitarme a un ejemplo, el notable estilista y traductor Yeudá E. Papo, quien en la introducción de su traducción del libro *Pele yo'êš* de su padre Eliézer Papo (t. I, Salónica 1899, p. 6) presenta del siguiente modo dos maneras contrapuestas de traducir: la una, «ladinar *biervo por biervo*» (es decir, el llamado calco), y la otra, «tomar en la cabeza lo importante de lo que quijo decir el meñaber [‘autor’] y *congêniar la habla de su meollo*», que demuestra que si hay un «ladino calco», haber hay igualmente un «ladino no-calco».

Por extensión *ladino* ha sido también frecuentemente el nombre dado a la totalidad de la lengua sefardí –tanto clásica como moderna– cuando está escrita aljamiada; y hoy lo es el mayoritariamente dado por los propios sefardíes y los actuales hablantes residuales a toda la lengua sefardí, esté escrita aljamiada o se escriba en caracteres latinos, incluso con esa –más que ortografía– «*kakografía*» que para desdicha del buen gusto ahora estilan muchos.

2.2. DRAE

De esos significados de *ladino* en sefardí, alguno está –casi más implícito que explícito– en el apartado que dedicara Alvar a las sefardíes en su artículo de hace tres lustros sobre acepciones de la voz en español; en el que, dicho sea *no* de paso, suscribe la interpretación de Sephiha: «el *ladino* no ha sido nunca una lengua hablada, sino la traducción "verbo a verbo" del hebreo o el arameo al español de textos bíblicos o de oraciones rituales. Decir otra cosa no es sino enmascarar la verdad y confundir ...»¹⁷.

Y de ese artículo resuena un eco en la redacción de las acepciones 8 y 9 añadidas a la entrada *ladino* en la última edición (21^a, de 1992) del *Diccionario* de la R.A.E., que atinadamente remedian una omisión al recoger dos usos vigentes en español, pero a las que es obligado presentar varias objeciones (que no van a ser más que tres).

Una es leve: que aun iniciándose dichas dos acepciones con la abreviatura de materia «Filol[ogía]», no se consigna a continuación la abreviatura

¹⁷ Manuel Alvar, «Acepciones de ladino en español», *Homenaje a Pedro Sainz Rodríguez* (Madrid, 1986), t. II ps. 25-34: p. 32.

gramatical «m[asculino]», como bien se ha hecho en la otra acepción filológica (la 7): «m. *Filol.* Lengua hablada en la antigua Retia».

Otra, también leve, es la inconsecuencia que supone definir el *ladino* en un caso (ac. 8) como «Lengua» y en el otro (ac. 9) como «Dialecto» («... judeoespañol de Oriente»).

Pero la otra no me parece nada leve: me refiero a la apodíctica formulación «Lengua religiosa de los sefardíes; *es calco* [subrayado mío] de los textos bíblicos hebreos y se escribe con letras latinas o con caracteres rasíes» (ac. 8), que no se limita a recoger objetivamente el no infrecuente uso y significado ‘judeoespañol calco’ de *ladino*, sino que al definirlo en la primera frase y caracterizarlo luego en la segunda, está dando a entender que la Real Academia Española de la Lengua lo considera... lengua calco.

Que es justamente lo que en esta –y con esta– intervención he tratado de refutar.

3. A VUELTAS CON (CASI) LO MISMO

Hasta aquí (con ligeros cambios) la comunicación que presenté en el Congreso de 2000. Lo que sigue lo he (re)escrito entre primavera-verano de 2001 (pero no llegué a tiempo para la edición de las *Actas*) y el momento en que lo entrego para imprenta (2004).

3.1. *La teoría*

Durante el Congreso (que para eso son, ¿no?) tuve ocasión de departir con el citado académico; quien sin haber asistido a la lectura de mi comunicación, *sabía* que me había «metido» con él (así me dijo; y yo que no con él sino con la Academia; y él que...). Entre hablas y hablinas –más o menos ladinas–, me anunció que en una nueva edición de sus seis estudios anteriores sobre el ladino, que estaba a punto de publicar, aprovecharía la ocasión para rectificar lo que había suscitado mi crítica; y en efecto, a los pocos meses se publicaba la anunciada reedición¹⁸. Pero lejos de ser la refundición revisada que yo había entendido que me anunció, es una reproducción («He unido estudios, pero no los he actualizado: difícil menester», p. [17]) de aquellos trabajos tal cual se publicaron originalmente, puntual hasta en su repetición de errores tipográficos¹⁹. Y en la repetición, por supuesto, del párrafo arriba citado, en

¹⁸ Manuel Alvar, *El ladino, judeo-español calco* (Madrid: Real Academia de la Historia, 2000); el artículo «Acepciones» ocupa las ps. 19-35

¹⁹ Por ejemplo (limitándome a «Acepciones»), el nombre de la revista neoyorquina citada en nota 43, o el título del artículo lexicográfico citado en nota 53; sintomático es que mantuviera el

el que suscribe a pie juntillas la doctrina de Sephiha; reafirmada ahora por haber elegido para la reproducción²⁰ de los seis trabajos un título que llamativamente coincide palabra por palabra –como si de verdad hebraica se tratara– con el de los libros de aquel.

Cuando le llamé para agradecerle el ejemplar del libro que con afectuosa dedicatoria me hizo llegar a los pocos meses (yo ya lo había adquirido y leído ávidamente), «Tenemos que hablar, don Manuel», le dije; y amablemente me

tecnicismo *raxí* sin adecuarlo a la forma «normalizada» *rasí*, que sin duda por su intervención ha adoptado el diccionario académico.

²⁰ De nuevo solo hay, añadido a uno de los trabajos, un léxico (ps. 126-175) del que –pendientes algunas comprobaciones bibliográficas– algo «consolador» no puedo dejar de decir, siquiera sea para transitar por la «puerta» que generosamente me ha dejado abierta (p. 126): –*abonda* más que ‘derrama bienes’ (p. 127) es presente del mismo verbo *abondar* ‘bastar, ser suficiente’ citado ibíd. s.v. *abondo*; –*alevantantes* ‘los que se revelan contra la autoridad’ (p. 129) será *se rebelan* (con *b-*); –*amidá* no puede traducirse por ‘oración larga’ (p. 131), por larga que sea la oración (y por engañoso que sea el contexto); –*arregistara* nada tiene que ver con ‘registrara’ (p. 133) sino con el verbo ladino ‘avergonzarse’; –*asufra* ‘apresure’ (p. 133) será ‘apoye o soporte, sostenga’; –*beneficación* no es ‘purificación del sueño o liberación de las pesadillas’ (p. 136) sino ‘la acción de hacerlo bueno o de buen agüero’, que corresponde a hb. *hatabat* (*Ḥalom*); –*deprendimiento* no es ‘observancia’ (p. 142), aun cuando induzca a ello el contexto, sino ‘aprendizaje’, como hb. *talmud* (y como su sinónimo *abezamamiento* que ocasionalmente aparece s.v. *ros-hodos* [léase *-hodes*] en p. 167); –*desmasteris* reconstruido *desmasteis* (p. 142) deja de resultar ininteligible si se atiende a hb. ‘*isartem*? ‘¿habéis apartado el diezmo?’; –*enchimiento* ‘dependencias, espacios’ (p. 144) ignoro por qué ignora el normal y esperable *henchimiento* ‘acción y efecto de henchir o henchirse’ (*DRAE*); –*ennová* ‘renueva’ (p. 145) léase *ennova* sin acento; –*estajó* no se relaciona con ‘obstruir, impedir’ (p. 147) sino que es ‘interrumpió o separó’; –*hanuca* [léase *hanucá* con acento] «Quiere dizir pozaron en 25(:) del mez» (p. 152) requeriría explicar que en hb. *Ḥanú* significa ‘acamparon, se aposentaron’ y que el valor numérico de las letras que forman la sílaba final *-cá* es $20 + 5 = 25$; –*herub* nada tiene que ver con ‘querubín’ (p. 153; cfr. *querubín* ‘querubines’, p. 165), sino con hb. ‘*erub*, nombre dado a la disposición rabínica que convierte dos o más dominios privados o particulares en uno público o general permitiendo así la libre circulación y el transporte de objetos entre ellos en sábados y festivos; –*hómer* está malamente relacionado con hb. *Ḥómer* (p. 154), pues se trata de hb. ‘*ómer* ‘cuenta de siete semanas a partir del segundo día de la pascua’ (lit. ‘gavilla [que se ofrendaba en tiempos bíblicos]’); –*horados* ni es ‘honrados’ ni hay que relacionarlo con *horros* ‘libres’ (p. 154), pues se trata de la palabra que aparece en la fórmula recogida páginas antes «Crio en el [léase *crió* en *él* con acentos] horados horados[,] huecos huecos» (p. 113) perteneciente a la llamada «*berajá* de los *necabim*», bendición ritual a Dios por habernos creado *orificios* (fisiológicos); –*refestigan* (p. 166) introduce un texto dudoso y probablemente no bien copiado o corrupto, pero (*a*) está fuera de duda que hay que acentuarlo *-gán* y traducir en singular (‘pone en pie, levanta’), pues la palabra es un participio de presente apocopado de acentuación oxítona, y (*b*) es más que probable que en la secuencia (referida al Dio) «Despertan [léase *despertán*] a durmidos, el hazien despertan [léase y corrija *hazien despertar*] adormesidos, abeviguan [léase *abeviguán*] muertos y melezinan [léase *melezinán*] enfermos ...», el oscuro elemento que sigue «abicen que de siegos» (sic) haya que restaurarlo «abrién ciegos» o «abrién ojos de ...», pues de ambos modos se ladina el elemento encadenado hb. *poquéá* [‘*iverim* que le sigue en la oración «Nišmat kol Ḥay»; –*sechenaju* (p. 169, sic), por insegura y anárquica que sea la transcripción, tendrá que ser copia errónea (hb. *šeheḤeyanu*).

respondió «Llámeme cuando quiera». Pero se me pasó el tiempo sin llamarle y... ya no volví a verlo con vida. De modo que la reanudación de nuestra tantas veces interrumpida y tantas veces reanudada charla-discusión, que pueda aclararme si ambas circunstancias –repetición y elección de título– suponían una ratificación de su adhesión a la teoría discutida o... no más que un deseo –humanamente comprensible– de no dejarse enredar por el «difícil menester», solo podrá tener lugar cuando nos encontremos de nuevo, si es que nos encontramos, en esa otra de la verdad, no pasajera sino eterna, donde (supongo) estará esperando mi llegada.

3.2. *Las definiciones*

Ni me queda claro tampoco si la (aparente) ratificación es del académico o de la Academia²¹. El artículo *ladino* en la nueva edición del *DRAE* aparecida entre tanto (22^a, de 2002) mejora el de las anteriores, pero no acaba de dar en el clavo. Resuelve mis dos objeciones leves supra (2.2.); en la grave, añade la precisión «de la sintaxis y del vocabulario» (no de la morfología), pero parece que sigue diciendo que «Es [lengua] calco ...»; y al reemplazar la acepción 9 (vid. supra) por la menos ramplona «variedad del castellano que, en época medieval, hablaban los judíos en España, y que, en la actualidad, hablan los judeoespañoles en Oriente» (ahora ac. 8), uno ya no sabe si está dando a entender que una y otra son la misma variedad. Por último, en la acepción «romance o castellano antiguo» (2), sigue sin señalar que *en oposición* a lengua no romance (sea árabe o hebrea).

²¹ El libro lo publicó la Real Academia, pero no la de la Lengua sino la de la Historia.